

La historia comparada. Un método para hacer Historia



BORIS ALEXANDER CABALLERO ESCORCIA
Universidad Michoacana San Nicolás De Hidalgo
Instituto De Investigaciones Históricas, México
boricaba@gmail.com

Sociedad y Discurso
Número 28:50-69
Universidad de Aalborg
www.discurso.aau.dk
ISSN 1601-1686

Resumen: Este artículo se introduce en el debate alrededor de la historia comparada y las aportaciones del método de la comparación en la historia a partir de una muestra de los académicos que han elaborado reflexiones en esta dirección. Primero reflexiona alrededor de las restricciones en la comprensión y explicación de los fenómenos históricos que representa el tipo de historias que evalúa un hecho o proceso como singular sin salir de las fronteras locales, regionales o nacionales y las ventajas del método de la historia comparada para superar este encerramiento y de paso enriquecer, reestructurar y matizar los lugares comunes construidos en los relatos nacionales de tipo nacionalista y en la historiografía de cada país. En un segundo apartado esboza el debate alrededor de la definición de la historia comparada y su método, así como las objeciones a las que debe enfrentarse con la llamada “historia conectada”. En un tercer apartado se profundiza en su método y en los momentos de la comparación, sus características y utilidad en el proceso de la elaboración histórica y la comprensión del pasado. Este artículo pretende, en síntesis, organizar los aportes que brinda el método comparado desde las ventajas que entraña para la realización de una investigación sobre un problema, en un tiempo y espacio determinado, así como, las potencialidades para el desarrollo de la disciplina de la historia que se pueden hallar en el método del contraste sistemático que ofrece la comparación.

Palabras clave: historia comparada, comparación, método comparado, historiografía.

Abstract: This article introduces the debate about the comparative history and contributions of the method of comparison in history from a sample of academics who have developed reflections in this direction. First muses about restrictions on understanding and explanation of historical phenomena that represents the type of stories that evaluates an event or as a unique process without leaving the local, regional or national borders and advantages of the method of the comparative history to overcome This step enclosure and enrich, restructure and refine the clichés built into national accounts and nationalist historiography of each country. The second section outlines the debate around the definition of comparative history and his method, as well as objections to it should deal with the "connected history". In a third section it delves into his method and in moments of comparison, their characteristics and usefulness in the process of historical development and understanding of the past. This article aims, in short, to organize the contributions provided by the comparative method from the advantages inherent to conducting research on a problem in a particular time and space, as well as the potential for the development of the discipline story can be found in the contrast systematic method which compares prices.

Key words: Comparative History, comparison, Comparative Method, historiography.

Introducción

En su ya afamado libro, donde participa como coordinador y autor colectivo, *Formas de hacer historia*, Peter Burke a inicios de la década de los noventa del siglo XX señala la disciplina de la historia como un campo en expansión, pero, a la vez, en proceso de fragmentación y en la búsqueda de un elemento organizador y orientador. Actualmente, prácticamente todas las actividades humanas se consideran historiables, y la historia económica y social se subdivide en múltiples áreas que adquieren sus propias especificidades investigativas, sus objetos de investigación privilegiados. La historia se abría a las ciencias sociales de una manera inusitada en un proceso que ya llevaba varias décadas enriqueciendo sus métodos y, al tiempo, convirtiéndola en una disciplina más analítica y explicativa y menos descriptiva. No obstante, este proceso ha tenido sus consecuencias en la disciplina. Se han generado especie de subdisciplinas, las cuales son definidas más por su contacto con determinada disciplina de las ciencias sociales que con el resto de las áreas desarrolladas por los historiadores; de este modo, un historiador económico se comunica de manera más fluida con un economista que con un historiador de las ideas o las mentalidades. Sin embargo, esta incomunicación entre las así consideradas subdisciplinas al interior del campo de la historia no era considerada por Burke como insalvable, un ejemplo para él era lo sucedido con la historia política que en la reacción contra el historicismo fue dejada a un lado por la historia social y la historia económica, pero que en los últimos años se había descubierto la dimensión social de la política y a su vez ésta, transformada, alimentaba la historia social en la búsqueda de las interrelaciones entre las elites y los de abajo en la acción política y social (Burke, 1996: 11-37).

En el mismo año que Burke publicaba sus reflexiones alrededor del desarrollo y las perspectivas de la disciplina de la historia, el también historiador británico John Elliott, en la conferencia inaugural de la Universidad de Oxford, manifestaba su preocupación por que las universidades formaban a los historiadores con un conocimiento prácticamente limitado a la historia nacional, y la mayoría de los historiadores seguían reproduciendo este sesgo en su actividad profesional: sus investigaciones, narrativa y conclusiones estaban circunscritas a unos límites nacionales que no se correspondían con los hechos y procesos históricos que estudiaban. Consideraba que se podía hacer algo desde la formación y a nivel de toda Gran Bretaña, sin renunciar a la historia nacional, e incluso a su centralidad, para superar el peligro del “provincialismo histórico” (1999: 24).

Y es que, aun con la expansión de los estudios históricos a áreas inexploradas del pasado humano, desplegando investigaciones que se fundan en la combinación de múltiples perspectivas historiográficas y en la cercanía e identificación con las demás disciplinas de las ciencias sociales y sus campos de estudio en un despliegue de variadas formas de hacer historia, la disciplina pareciera seguir, en buena medida, marcada por su origen decimonónico como sostén de los mitos e imágenes de la nación. Impera en un buen sector de las elaboraciones desde la disciplina de la historia, una forma de trabajo desde influida y orientada en el sentido del “nacionalismo metodológico” que restringe los fenómenos sociales a fronteras nacionales, regionales o locales establecidas *a priori* como elementos externos que circunscribe geográfica y causalmente los fenómenos a límites políticos que no reparan en la extensión propia de la configuración de los hechos y procesos históricos a historiar, y, tal vez, lo más comprometedor en el sentido epistemológico, equipara la sociedad al Estado, como una realidad extensiva a las instituciones estatales y su acción (Steinmetz, 2014: 414,417).

La mayoría de los historiadores siguen haciendo historia nacional o referida a un espacio geográfico delimitado por las señas del Estado-nación, y en este sentido se han fraguado buena parte de los aportes historiográficos muchos de ellos valiosos para la comprensión de la realidad social, tanto a nivel de la nación en cuestión, como para distintos contextos. No obstante, Elliott advierte sobre el peligro de caer en la supuesta excepcionalidad o particularidad nacional, regional o local de un fenómeno, cuando no se ha dado la posibilidad investigativa y metodológica de compararlo con otros procesos fuera de las fronteras nacionales; el problema es que cuando se hace historia sin tener en cuenta procesos en otras regiones, e incluso otros contextos, fuera del nacional, se tiende a percibir la historia nacional como única y, en esta medida, se interpretan sus procesos en términos excepcionales. Marc Bloch, en un fascículo presentado en 1934 al Collège de France para optar a un cargo docente, planteaba que la imposición de fronteras de manera arbitraria a los estudios sociales e históricos, sin tomar en cuenta el carácter de las dimensiones e interrelaciones reales de los fenómenos, procesos o hechos estudiados, no daba cuenta de su singularidad o lo común con otros casos, y, más bien, se corría el riesgo de cometer serios anacronismos y llegar a falsas conclusiones a partir de perspectivas erradas. Bloch señalaba que

La imposición de las fronteras políticas como marcos para los estudios de estructura social no sólo supone, en el caso de que estas líneas divisorias se tomen del presente, caer en el anacronismo. Incluso si admitimos que se tenga el cuidado de acomodarse a las fronteras del pasado, no por ello lo real se ha de encontrar encerrado dentro de estas mismas barreras que, por lo demás, casi nunca están hechas a su medida” (1999b: 151).

Elliott plantea una salida a este problema en la historia comparada, dada la posibilidad de evaluar otros procesos históricos en naciones o unidades políticas y territoriales distintas que permitan verdaderamente establecer qué es lo particular de las historias nacionales o locales, y qué es lo común que se tiene con otros procesos históricos ocurridos en distintos escenarios geohistóricos; a la vez que se puede establecer qué hechos históricos son en realidad resultado de procesos más regionales o globales. De este modo, Elliott no llama a renunciar a la historia nacional, sino a volver a ella después de haber sido contrastada y comparada con otros procesos en otros escenarios, cuya elección para su comparación, siguiendo a Marc Bloch, la otorga la semejanza y proximidad de la unidad a contrastar; es decir, volver a lo nacional después, en un segundo o tercer momento, luego de haber renunciado a sus limitaciones con el método comparativo, permitiéndose plantear nuevos interrogantes y nuevos problemas históricos que dirijan una investigación más detallada y esclarecedora sobre la conformación de lo nacional, regional o local (1999: 35). En esto coincide el historiador colombiano, Medófilo Medina, uno de los académicos latinoamericanos que ha meditado alrededor del método comparativo en la historia, cuando afirma, al final de un ensayo sobre el tema referido a su proyecto de elaborar una historia política comparada de Colombia y Venezuela, que: “se puede advertir el potencial que la comparación ofrece para el conocimiento de la propia historia y, por otro lado, que en la vecindad se encuentran apasionantes motivos para el juego de hipótesis y el ensayo de construcción de teorías de alcance medio” (Medina, 2004: 32).

Para los historiadores, el valor del método comparativo residiría, más que en la identificación de semejanzas, que a su vez resulta de suma importancia para explicaciones más estructurales, en la observación de las diferencias, aquello que no se repite en otros escenarios, que le es propio. En este sentido, se reivindicaría incluso la propia historia nacional y local al restaurar en la disciplina el papel de las identidades tanto nacionales como locales en un proceso, evento o hecho histórico determinado, logrando una comprensión más profunda de las peculiaridades de cada sociedad (Elliott, 1999: 32); además, de poder acceder a través del contraste con otra realidad histórica a novedosas interpretaciones teóricas y conceptuales que enriquecen el análisis y generan nuevos elementos para la formulación de problemas hasta entonces desconocidos, tal como coloca de presente Medina en su ensayo. No obstante la utilidad de la historia comparada, su ejercicio entre los historiadores es escaso.

En un contexto donde se asiste a la crisis del concepto tradicional y cerrado del Estado-nación y es evidente una participación más activa de organismos supranacionales que cada vez determinan con mayor intensidad el proceder en los diversos campos de los desarrollos

nacionales, en la economía, la educación, la política y la cultura; en un escenario mundial contemporáneo donde, además, presenciamos la organización de grandes bloques políticos y económicos como la Unión Europea y el Mercosur, entre otros, y el despliegue de las comunicaciones y la informática a nivel global, aún el espacio de lo nacional sigue siendo el límite prefijado para la mayoría de los historiadores. Al parecer, estas transformaciones que han configurado el presente, y los cambios de la disciplina en su expansión y acercamiento a las ciencias sociales, no han logrado aún que las historias nacionales se abran más a otras historias nacionales y, de este modo, se planteen nuevas perspectivas y se revisen las que hasta ahora han dominado el sentido común de la historiografía de cada país. Este artículo se plantea a penas como un acercamiento a una muestra de lo que se ha reflexionado y escrito alrededor de la historia comparada y las implicaciones de método de la comparación en historia, con la intención de organizar los aportes de este método para colocar en evidencia las ventajas que encierra al contribuir a la realización de una investigación sistemática sobre un fenómeno o problema en un tiempo y espacio determinado, así como, las potencialidades para el desarrollo de la disciplina que se pueden hallar en el contraste sistemático de unidades para la comparación.

Qué es la historia comparada

Historia Comparada se puede definir como un área de la disciplina histórica que de manera rigurosa aplica el método comparado, cuyo propósito fundamental es la comparación sistemática y minuciosa de un proceso o una institución en dos o más sociedades, ubicadas en un tiempo y un contexto, con la finalidad de obtener explicaciones sobre un fenómeno o para verificar hipótesis planteadas por una investigación particular, o como parte de la discusión historiográfica de un tema de interés. Pero, en sí mismo, qué es, para algunos autores que han elaborado sobre el tema, la comparación en la historia. Resulta esclarecedora la definición que suministra Marc Bloch en su conferencia magistral de 1928: “elegir, en uno o más medios sociales diferentes, dos o más fenómenos que a primera vista parecen presentar ciertas analogías entre sí, describir sus curvas evolutivas, constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible” (1999a: 115). Para que exista comparación en historia es necesario, entonces, por un lado, que exista cierta similitud entre los hechos, los procesos, instituciones o casos indagados y, por otro lado, que se hallen diferencias entre ellos en su conformación. Setenta años después Jürgen Kocka aportaría una definición sobre la comparación muy similar a la de Bloch, en un contexto con mayores trabajos y un desarrollo

mucho más amplio de la historia comparada que el de la contemporaneidad de las declaraciones del historiador padre de *Annales*, pero más acotada a la metodología y a la proyección de la investigación histórica:

Las comparaciones históricas se caracterizan por examinar sistemáticamente, a partir del planteamiento de preguntas directrices, las semejanzas y diferencias de dos o más fenómenos históricos. Sobre esta base pretenden describir explicar tales fenómenos con la mayor fiabilidad posible, así como también formular afirmaciones de amplio alcance sobre acciones, experiencias, procesos y estructuras históricas (2002: 43).

Para Kocka lo que distingue a los trabajos comparativos es el énfasis en la indagación por las semejanzas y diferencias; precisamente, esta búsqueda distingue la comparación de aquellas investigaciones que se fijan tan sólo en el contexto o en el análisis de situaciones o procesos de carácter transnacional o transcultural, es decir, que indagan más en los intercambios y las interacciones. A su vez, al otorgar un carácter sistemático a la comparación, en su método la historia comparada se diferencia de aquellos trabajos donde la comparación es un mero recurso expositivo o se encuentran de manera marginal, esporádica o no enunciada. En un excelente artículo que sintetiza el debate alrededor de la historia comparada, hasta principios de la década de los noventa, Castro Alfín señala que esos usos ocasionales y asistemáticos de la comparación, como mero recurso para “dar brillantez al relato”, poco aportan a un conocimiento sobre los hechos y, por el contrario, generan malas interpretaciones del pasado o “engañosos paralelismo anacrónicos” (1993: 78).

Si hay claridad sobre los límites y alcances del método de la comparación para la historia, no caben las críticas que autores como Serge Gruzinski han realizado a la historia comparada, calificándola como eurocéntrica¹ al proponer, según su planteamiento, un modelo base a seguir como centro de la comparación, y mantener en contextos de globalización los límites restringidos de lo nacional (2001: 87-89); su crítica más bien se dirige a un tipo de sociología histórica influenciada por la teoría de la modernización y por una concepción etapista del desarrollo², pero en realidad su cuestionamiento no llega a socavar las bases del

¹ Resulta paradójico que exactamente lo contrario considere Ignacio Olábarri cuando afirma que la “historia comparada ayuda decisivamente a evitar los peligros de etnocentrismo” (1993: 51).

² De este modo, Jürgen Kocka agrupa bajo esta concepción etapista y desarrollista buena parte de la orientación de los trabajos con pretensiones universales o que incorporaban la comparación para sustentar sus planteamientos y orientar el desarrollo de estudios o investigaciones que surgieron en la primera mitad del siglo XIX, antes del auge del historicismo, y que se reanimaron en el siglo XX con la sociología histórica, la antropología y la ciencia política comparada, así como, la historia económica bajo la forma de las teorías de la modernidad y el desarrollo. (Kocka, 2002: 59-60). Heidi Krauss contextualiza la apertura hacia la historia comparada de las ciencias sociales después del trauma y frustración causada por la Primera Guerra Mundial, y

método de la comparación que no tiene ninguna prescripción espacial ni tampoco se limita en sus casos a unidades nacionales. Además, su propuesta para superar la historia comparada en la historia conectada, que hace énfasis en las transferencias culturales e intercambio entre las sociedades, en realidad, más que una crítica o una propuesta alternativa, está planteando otros intereses epistemológicos. A la comparación como método le interesa, más que las relaciones entre los casos, a lo cual no sería indiferente y que integra en la comparación, las diferencias y particularidades partiendo, por supuesto, de la proximidad o semejanza de los casos, de lo que los hace comparables.

La historia conectada y la historia comparada, no resultarían excluyentes, por el contrario, podrían llegar a ser subsidiarias una de la otra. La historiadora brasilera Maria Ligia Coelho Prado, en un artículo sobre la historia comparada y el debate que establece la historia conectada y transnacional, concluye que no es posible condenar el método de la comparación como lo hacen los cultivadores de las Historias Conectadas y Transnacionales, por el contrario cree, siguiendo a Marc Bloch, que “los procedimientos metodológicos propios del oficio de historiador, buscar la ‘unidad del problema’ en dos o más sociedades latinoamericanas, rompiendo las barreras nacionales, puede ser una efectiva contribución a la comprensión de temas históricos centrales para dichas sociedades”. Sin embargo, considera, que es fundamental, y en esto radica la importancia de la crítica o el llamado de atención desde la Historia Conectada, no establecer jerarquías resultado de valoraciones o modelos *a priori*; liberándose de eurocentrismos y generalizaciones, se transforma la historia comparada en un instrumento central para cuestionar lugares comunes de algunas historiografías nacionales. Además, el establecer conexiones no excluye “que se puedan proponer problemas en los cuales la comparación pueda existir” (2012: 21-22). El historiador alemán Heinz-Gerhard Haupt es más enfático cuando señala que la historia comparada y la historia transnacional o conectada se ocupan de esferas distintas, por tanto no hay razón para considerar que una supera a la otra: “Transnational, ‘cross-national’ or entangled history is part of the methodology of a new history of international relations and not so much oriented toward the debates on comparison” (2007: 712).

Por su parte, el sociólogo de la Universidad de Michigan, George Steinmetz, en un balance sobre las crítica al método comparado realizado en su trabajo “Comparative History and Its Critics. A Genealogy and a Possible Solution”, considera que la historia conectada o

con más fuerza después de la segunda posguerra, con diferentes posturas teóricas desde la sociología histórica, la historia económica, con una gran resistencia de la mayoría de los historiadores profesionales hasta la década de los setenta (2008: 162-164).

de las transferencias no debe ser tomada como una alternativa a la comparación, sino que en sí misma debe hacer parte de lo comparado, pues, además, las conexiones e intercambios sociales y culturales pueden ser enmarcados y teorizados como determinaciones causales y por tanto hacer parte de los ejes de la comparación de un fenómeno que las implica (2014: 422). En este sentido, para Steinmetz resulta de gran utilidad entender estas relaciones entre lo transnacional y lo que está limitado por una institucionalidad estatal sobre un territorio a través del concepto de campo, acuñado por Pierre Bourdieu, pues se subsume lo espacial al escenario de lo social entendido de manera relacional, en interacciones, presiones, fuerzas, tensiones y jerarquías que determinan la dirección y amplitud de los procesos históricos según la configuración de los distintos campos, donde el campo de poder ocupa un lugar importante en la definición de muchos otros campos, como el cultural por ejemplo, pero que cada campo tiene niveles de autonomía, peso relativo y entramado de determinaciones según su particular configuración histórica. De este modo, el concepto de campo incorporaría en el análisis los procesos de intercambio transnacionales al no estar limitado al Estado, además de establecer las diferencias o asimetrías, así como, los obstáculos a la circulación de ideas o bienes, dados por procesos basados en relaciones de jerarquías o dominación emanados de poderes vinculados con el Estado. A su vez, el peso relativo de los campos puede cambiar según los contextos nacionales, de este modo también la variable del Estado-nación y su evolución juega un papel central en las búsquedas causales. El concepto de campo, entonces, si bien incorpora los procesos transnacionales, los cruces e intercambios, no pierde de vista, como parte del campo de poder, el papel del Estado-nación y de la configuración cultural de un territorio en la definición y marco de estos procesos (Steinmetz, 2014: 425-426).

En la comparación, según Steinmetz, la comprensión de los campos aporta a integrar lo que en algunas perspectivas resulta contrario. El campo entraña la singularidad de los procesos históricos así como la articulación e intercambio con otros procesos, al ser considerado como un mecanismo causal que determina o configura las prácticas sociales; es decir que los campos se constituyen en entidades causales que reúnen sentidos, fuerzas, tensiones y tendencias que en determinados procesos y circunstancias entran en acción generando cambios en determinada dirección, o combinándose con otras fuerzas o entidades causales que producen hechos y procesos sociales (2014: 425). En esta medida, los campos se integrarían, en esta propuesta, en la comparación como modelos de explicación causal que en sus articulaciones y generación de prácticas aportan a la explicación de fenómenos, funcionando como un marco más dinámico y sometido a la investigación misma sin

presupuestos ideológicos y políticos como determinantes externos fundamentales. Cobra absoluto sentido, entonces, lo que Marc Bloch afirmaba sobre el establecimiento de los límites del análisis “a partir de los propios fenómenos observados y no de convenciones políticas o administrativas” e incluso teóricas, cuando ésta es tomada como explicación absoluta y global, indistintamente de los contextos (1999b: 150).

Sobre comparaciones

Definir el método de la comparación también implica tener claridad sobre los modos en los que se aplica, es decir, sus clases o tipos. En la conferencia ya citada, Marc Bloch considera que el método de la comparación en la historia se adscribe a dos grandes tipologías. El primer tipo, elige sociedades tan distantes en el tiempo y en el espacio que no es posible encontrar sus similitudes en influencias recíprocas o en su origen común, este tipo de comparación busca generalidades y leyes aplicables a infinidad de sociedades, es muy propio de la sociología o la antropología. El segundo tipo de comparación se refiere al estudio paralelo de sociedades próximas y contemporáneas, con influencias entre sí, con un origen parcial o en gran medida común, y con un desarrollo, aunque relativamente autónomo, sometido a “las mismas grandes causas” (Bloch, 1999a: 114-117). Para Bloch el segundo tipo de comparación constituye una metodología “mucho más capacitada para realizar rigurosas clasificaciones y criticar las relaciones existentes y que, al mismo tiempo, parece permitir la posibilidad de alcanzar conclusiones que, a la vez, resultan menos hipotéticas y más precisas” (1999a: 117).

Desde la Sociología Histórica, Theda Skocpol y Margaret Somers al contar ya para analizar, en el escenario de las investigaciones sociales, con un acumulado apreciable de trabajos e investigaciones que colocaban en juego la metodología de la comparación, en 1980 establecieron una clasificación en su ya paradigmático artículo sobre el tema: “The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry”, para lo que denominan la investigación Macrosocial históricamente orientada desde la comparación, en tres lógicas metodológicas; dos de carácter sociológico: *Demostración Paralela de Teoría*, cuyo interés fundamental es demostrar la validez de una teoría a partir de estudios de casos en temporalidades muy amplias dadas por el carácter de la teoría, y *Análisis Macro-causal* que busca inferir, con comparaciones amplias y con casos controlados y agrupados según semejanzas y diferencias establecidas, generalizaciones que plantean causas o modelos tipológicos sobre procesos sociales. Ambas formas de comparación buscan desarrollar generalizaciones causales o teorías

elaboradas deductivamente, como bien lo señala Skocpol y Somers (1980: 188-189), donde lo fáctico sustenta el orden dado por la búsqueda de generalizaciones y teorías.

La demostración paralela y macrocausal se mueven libremente en tiempos y lugares, según las necesidades de la teoría o de las hipótesis causales (Skocpol y Somers, 1980: 194-195). En cambio, la tercera lógica, más cercana a la historia, que designa como *Contraste de Contexto* (*Contrast of Contexts*), es una comparación orientada por temas-problemas o preguntas que buscan ser respondidas con el acopio de eventos y relaciones que manifiesta cada caso en la investigación; no parte de presupuestos teóricos explícitamente planteados para ser demostrados, su material son casos individuales en los que, a partir de sus semejanzas, se indaga sobre las particularidades de cada uno; donde los temas y las preguntas planteadas sustentan la búsqueda de las diferencias. Aunque puede utilizar la comparación con tipos ideales, lo que interesa en la comparación como Contraste es hallar la coherencia histórica de cada caso, el contexto que determina las variables establecidas por las preguntas o el tema planteado para la investigación, más que la demostración de un teoría (Skocpol y Somers, 1980: 179-181). El énfasis está en los casos en sí mismos y, por medio del contraste entre ellos producto de la comparación, de esta manera, en profundizar en el carácter y la singularidad de cada uno. A esta comparación le interesan temas generales o preguntas que atraviesan tiempos y espacios delimitados (Skocpol y Somers, 1980: 192).

En el mismo sentido que Skocpol y Somers, Charles Tilly en su libro *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (1999), publicado por primera vez en inglés en 1984, establece cuatro estrategias para la comparación desde la sociología histórica: *Comparación individualizadora*, le interesa el contraste de un fenómeno entre distintos casos para captar las peculiaridades de cada caso; *Comparación universalizadora*, busca regularidades y generalizaciones y aspira a explicar cada uno de los casos comparados bajo una misma concepción teórica; *Comparación identificador de la diferencia*, busca establecer la variación de un fenómeno examinando las diferencias en los distintos casos comparados entendidos como inmersos en un sistema; *Comparación globalizadora*, entender los casos de la comparación inmersos en un sistema como partes de un todo mundial, determinando el lugar de cada uno según sus relaciones con los otros (Tilly, 1999: 106). Si bien Tilly llama a la necesidad de una comparación con una base histórica (Tilly, 1999: 177), las estrategias de su comparación están determinadas principalmente por una concepción mundial y globalizadora que privilegia el nivel macrohistórico y subordina al que denomina nivel microhistórico, cuyo interés son hechos, instituciones, grupos, individuos y procesos, por

supuesto, de acuerdo con la lógica sistémica de Tilly, inscritos en un contexto relacional de estructuras. En este esquema la comparación individualizadora y el nivel microhistórico concernirían más directamente a la elaboración histórica.

El historiador español Ignacio Olábarri, en un excelente balance de la investigación comparada hasta principios de la década de los noventa del siglo XX, propone cuatro formas de aproximación a la comparación según sus objetivos en un intento por organizar las motivaciones y las maneras en las que se aborda la comparación cuando ésta se hace explícita (1993: 55-56). La propuesta de Sckopol y Somers, por una comparación de análisis Macrocausal que integra la investigación histórica comparada orientada al contraste en un marco más amplio, así como la de Tilly, que privilegia un nivel macrohistórico en la comparación, donde se incorpora lo micro y la estrategia de comparación individualizadora para dar cuenta de las partes y las relaciones entre ellas en un sistema, Olábarri las incluye en la categoría de “La comparación de ‘grandes estructuras’ y ‘procesos amplios’” (1993: 62-63). Cuestiona esta perspectiva que se ha llevado adelante desde el resurgir de la sociología histórica en los setenta y ochenta, pues al pretender abarcar variedad de casos, con temporalidades distintas muchas veces, se ve obligada a recurrir a fuentes secundarias y reelaboraciones de hechos, restándole rigurosidad al material que sirve de base fáctica a los trabajos; su propuesta, en cambio, es la de hacer una historia verdaderamente universal a partir de la historia comparada, donde sólo a partir de la comparación minuciosa de casos bien limitados, con fuentes primarias, con investigación de primera mano, contrastado con la revisión de las fuentes secundarias, se puede ir construyendo, como una empresa colectiva, en equipos interdisciplinarios y a largo plazo, una verdadera historia universal sobre los distintos procesos sociales, es la motivación que califica como “La aproximación comparativa a la historia universal” (Olábarri, 1993: 63-64).

Para Olábarri, a diferencia de los sociólogos y antropólogos, el historiador se aproxima al método de la comparación de una manera que privilegia “La herramienta de la comparación” como generadora de preguntas que plantean nuevos problemas que, sin la posibilidad del contraste con otros casos que aparecen similares, no se podrían llegar a formular; de este modo, se estimula la “imaginación histórica” y supera las restricciones que demarca la historiografía nacional en cuanto a problemas y posibilidades de investigación; además, la comparación contribuye a afinar los métodos y las técnicas para la investigación de cada caso, así como, precisar y ampliar las fuentes que contribuyen a la solución de un problema planteado.

La comparación posibilita el descubrimiento de alternativas para el análisis e interpretación de los fenómenos, así como, adquirir mayor certeza sobre sus peculiaridades y semejanzas, además de contribuir de manera más fehaciente a corroborar hipótesis y responder preguntas (Olábarri, 1993: 56-59). Lo que Olábarri llama “el tipo ‘fuerte’ de la comparación histórica” está comprendida en la aproximación que designa como “Análisis histórico-comparativo intensivo de dos o más casos” y consiste en la comparación sistemática de atributos de la comparación: eventos, instituciones, procesos, grupos sociales o individuos en dos o más unidades de comparación: geográficas o sociales, en una temporalidad específica, con la finalidad de obtener explicaciones o corroborar hipótesis. Este tipo de comparación, para Olábarri es la que caracteriza la historia comparada a secas, y emplea tanto fuentes primarias como secundarias para dar cuenta de los atributos a investigar de las entidades comparadas (1993: 60-62). No obstante, tal como señala el mismo Olábarri, las prácticas y aproximaciones comparadas de una investigación dependen de los problemas y objetivos prefijados por el historiador (1993: 56).

Momentos de la comparación

Bloch, al terminar la década de los veinte del siglo pasado, exponía una visión de la comparación en historia que significaba ya una nueva forma de entender el método, distinta a la asumida desde la antropología y la sociología que se ocupaba de la búsqueda de modelos generales para explicar la realidad en su conjunto. Marc Bloch le daba un sentido de mayor rigurosidad y delimitación al método comparativo, con pretensiones más modestas, pero de mayor profundidad y comprensión de procesos históricos particulares comparados entre sí. El método comparado en la historia tiene sus propias limitaciones y exigencias, de esta manera señalaba el gran historiador francés:

El historiador exige que un método sea sobre todo un instrumento técnico, de uso corriente, manejable y susceptible de ofrecer resultados positivos; en su aplicación a la historia, el método comparativo cumple en realidad todas estas condiciones... *El método comparativo puede, y debe, calar en las investigaciones minuciosas y de detalle*³ (1999a: 114).

La comparación debe “describir explicar” los “fenómenos con la mayor fiabilidad posible” (Kocka, 2002: 43), por tanto, su trabajo sobre las fuentes debe hacerse de la manera más intensa posible, sin prescindir de ella, “evitar la dependencia a la literatura secundaria”

³ Cursivas mías

(Krauss, 2008: 178). El método comparado en la historia parte desde dentro de los casos estudiados, orientado en la búsqueda por la pregunta que motiva la investigación, con la evidencia de las fuentes e historiografía disponibles sobre el tema en cada una de las unidades de comparación, y la elaboración a partir del contexto social entendido en su desarrollo; un trabajo así adelantado, lo más riguroso posible, y realizado de manera articulada en sus distintos niveles, puede llevar a nuevas estructuraciones o generalizaciones, a entender las peculiaridades en cada contexto.

El método comparado no es una exigencia teórica planteada a la realidad desde afuera por un modelo social o teórico previamente concebido bajo una constelación de hechos ajena; es una metodología de investigación que no desconoce los presupuestos metodológicos de los cuales parte y se exige el hacerlos explícitos desde un comienzo. El método comparado debe partir de presupuestos claros y preguntas delimitadas, es decir, considerar claramente cuáles son los atributos de la comparación y si las unidades escogidas de comparación tienen la suficiente proximidad o similitud entre ellas para ser comparadas. Tal como señala Chirt Lorenz (2005) el método de la comparación histórica no puede ignorar la *política* que le da sentido a la comparación, es decir, debe hacer explícito los parámetros de la comparación, lo que él denomina “*rangos de contraste o situación de comparación*”, definir bien los elementos de la comparación con rangos o atributos explícitos de contraste, si no se quiere llegar a resultados engañosos o parciales (2005: 44-45).

Ahora bien, cómo se lleva adelante el método de la comparación en historia. Lo primero que debe existir es el sustento de la elección de los casos sujetos a comparación, tal como afirma Jürgen Kocka, en la formulación de una o varias preguntas que se constituyen en el *tertium comparationis*, como ese tercero, elemento orientador y de referencia de los casos implicados en la comparación (2002: 49). Tal como señala Olábarri, la pregunta es la que debe identificar los problemas que merecen ser investigados, ella orienta la búsqueda de categorías para el análisis y genera la posibilidad de que, por su parte, la misma comparación cree “sus propias y distintivas categorías de comparación” (1993: 57). La pregunta, el problema a resolver, dirige qué casos se seleccionan, por su similitud o proximidad, que puedan en su indagación particular llevarnos a establecer diferencias, las cuales, al ser explicadas, permitan identificar las particularidades de cada caso, así como sus semejanzas. Pero estas preguntas deben estar orientadas, sobre todo cuando se busca entender eventos determinados de distintas maneras, por uno o más mecanismos causales que contribuyan a explicar la naturaleza del fenómeno estudiado y las prácticas sociales que genera, aquí tal

como deja ver Steinmetz, conceptos espacialmente flexibles y con mayor énfasis en la naturaleza y causalidad de los fenómenos, como el de campo, resultan lo suficientemente flexibles para rescatar “las particularidades concretas” e inscribirlas en procesos comunes, al funcionar como marcos de explicación causal y relacional (2014: 422).

En dependencia al problema planteado por la pregunta, a la indagación por la búsqueda de las causas, este primer momento de la comparación lleva a establecer las unidades de comparación, gracias a la conjetura (Krauss, 2008: 161), lo más fundada posible, de que son comparables, es decir, que su estudio sistemáticamente nos suministrará semejanzas y diferencias de los fenómenos y procesos análogos seleccionados para ser comparados; esto es, se cumple lo que algunos autores denominan la comparabilidad de las unidades de comparación (Krauss, 2008: 176; Olábarri, 1993: 58). Deben ser casos lo suficientemente semejantes entre sí para que las diferencias sean consideradas como un problema que vale la pena investigar y amerita la comparación entre ellos. Además, los casos u objetos seleccionados para la comparación deben ser entendidos en su contexto y desarrollo, desde una perspectiva que los ubica en un proceso de cambios diacrónicos y como parte de estructuras y relaciones comprensibles de manera sincrónica.

La pregunta y las unidades de comparación llevan necesariamente inscrita la espacialidad y la temporalidad histórica en la que se circunscribirán los fenómenos o procesos que se quieren trabajar; Kocka afirmaba tajantemente: “Lo que convierte la comparación en histórica es, en realidad, la concepción de sus objetos de estudio en una relación espacio-temporal específica. Los fenómenos que se comparan son aquellos cuyo lugar está determinado o es determinable en el tiempo y en el espacio” (2002: 44). Si bien las unidades de comparación no se circunscriben a un escenario geográfico, pues pueden referirse a procesos o instituciones, en la historia comparada habitualmente se considera en ellas la dimensión espacial y sociológica. Las comparaciones suelen caracterizarse por contrastar sociedades para hallar semejanzas y diferencias, y de esta manera explicarlas; no se utiliza para analizar relaciones o interacciones entre sociedades, sin descartar ponerlas de presente cuando se hace necesario en la explicación o comprensión de un fenómeno. Tal como colocan en evidencia Kocka (2002: 50-51) y Krauss (2008: 167), los estudios de historia comparada toman habitualmente unidades de comparación nacionales, llevando a la comparación entre naciones sobre determinados procesos o fenómenos históricos, con muy pocos estudios cuya comparación se remita a unidades regionales o locales. Asimismo, la comparación desde la historia suele comparar sociedades contemporáneas entre ellas, así lo establecía Marc Bloch a

principios del siglo XX como el “estudio paralelo de sociedades vecinas y contemporáneas” (1999a: 117), determinables en un tiempo histórico dado por los elementos de la comparación, ubicados en un mismo escenario histórico. La comparabilidad de los casos puede verse seriamente comprometida cuando no hay uniformidad de tiempo, es decir, cuando la comparación entre unidades no se corresponde ni en tiempo ni en espacio histórico, se cae fácilmente en un peligroso anacronismo que coloca en cuestión el mismo sentido de la comparación, al generar explicaciones especulativas y nada rigurosas, muy en el terreno de la opinión (Olábarri, 1993: 53).

Este momento primero de la comparación se completa con el establecimiento de los “atributos de la comparación”, tal como los denomina el historiador Medófilo Medina (2004: 24), o “puntos de comparación” como los señala Heidi Krauss (2008: 167) siguiendo al sociólogo e historiador alemán Hartmut Kaelble, o “variables cruciales” tal como son consideradas en las ciencias sociales (Olábarri, 1993: 55), que a su vez remiten a los conceptos centrales que conforman el *tertium comparationi*. Los atributos, puntos de comparación, variables cruciales o conceptos centrales deben ser, a su vez, también comparables; es decir, deben estar presentes en cada caso o unidad de comparación, y poseer las similitudes suficientes que permitan su aproximación, así como, evidenciar diferencias que ameriten ser explicadas. Los fenómenos que se comparan no sólo se limitan por su temporalidad, al no ser posible compararlos entre sí en su totalidad se deben tomar parcialmente de acuerdo a la definición de los atributos de la comparación, los cuales se delimitan mediante conceptos precisos. “La comparación implica la disposición a la selección y la abstracción” (Kocka, 2002: 59), para conformar conceptos claramente definidos que señalen, de acuerdo a la pregunta o problema planteado y a las unidades comparativas seleccionadas, las similitudes relevantes de los casos a comparar y, de esta manera, sirvan como la base orientadora para determinar las diferencias entre cada uno (Kocka, 2002: 49). Conceptos y variables semejantes deben atravesar la comparación en cada uno de los casos, sin desconocer que cada caso debe considerarse en su lógica interna, la comparación cobra existencia en la medida que son identificables semejanzas en algunas dimensiones y diferencias en otras con respecto a los objetos de la comparación.

Al tener claro este momento de la comparación, que establece la pertinencia y el sentido de la misma, pasamos al segundo momento que remite a la profundización del trabajo empírico. Es la parte del método de la comparación que Bloch caracterizaba como la descripción de las “curvas evolutivas” de cada una de las unidades de comparación orientada

por sus atributos y conceptos centrales. Es decir, en este momento se aísla y describe cada caso, según los atributos de la comparación, entendido en su desarrollo y en las relaciones con toda la constelación de fenómenos que lo condicionan y determinan. Es decir cada uno de los casos debe ser entendido como un todo lleno de sentido. Bloch en relación a este momento señala que antes de precisar cuáles son los rasgos que distinguen a cada caso, éstos deben ser contemplados por separado (1999a: 129). Esto implica un trabajo minucioso, basado en evidencia detallada articulada e inserta en el contexto social de cada caso (Olábarri, 1993: 49); este proceder requiere la utilización, lo más completa posible, de las fuentes secundarias y primarias que ofrece cada unidad de comparación según las búsquedas que demandan los atributos o puntos de comparación explorados en cada una. No obstante, Kocka hace la salvedad de que especialmente cuando la comparación incluye muchos casos se “tiene que prescindir a menudo de la investigación archivística intensa y apoyarse en literatura secundaria” (2002: 59). Si se quiere hacer una investigación en historia comparada del “tipo fuerte de comparación”, y evitar la dependencia a la literatura secundaria y los problemas de precisión y rigurosidad que esto puede acarrear, se deben comparar preferiblemente sólo dos casos, claramente delimitados por la pregunta directriz y por sus atributos de comparación, y así trabajar de la manera más minuciosa e intensa posible con las fuentes. Esta misma predilección por la profundidad, antes que a la amplitud, en la historia comparada predispone para que se seleccionen periodos cortos donde se pueda estudiar un fenómeno o proceso determinado con la suficiente comprensión de la historiografía y de las fuentes. Además, la comparación debe ser simétrica, es decir que no debe favorecer en la profundidad, ni en la intensidad del trabajo con las fuentes ni en el énfasis descriptivo o de análisis a ningún caso en particular; esto exige que cada caso sea trabajado de manera similar (Krauss, 2008: 169).

Luego de haber descrito y analizado cada caso, es posible ya pasar al tercer momento de la comparación que consiste en identificar similitudes y diferencias y llegar a síntesis explicativas que descubran las particularidades que caracterizan cada unidad de comparación. Aquí juega un papel fundamental el análisis de la información suministrada en el anterior momento por la descripción del desarrollo y el contexto de cada caso, según los atributos asignados para la investigación y, por supuesto, la pregunta de comparación, para hallar las similitudes relevantes entre los casos y a partir de allí encontrar las diferencias entre ellos, explicando, según su desarrollo y situación en el contexto, la configuración particular de cada uno y el porqué de sus semejanzas, si éstas responden a las mismas causas o están relacionadas entre ellas. En este momento de la comparación se encuentra el aporte del

método a la investigación histórica, pues contribuye a suministrar mayores precisiones sobre hechos y procesos históricos, así como, plantea nuevos problemas y perspectivas para la investigación histórica y para las ciencias sociales.

A manera de conclusión

Si esta exposición cumplió con su propósito de contribuir a la comprensión en el sentido de alcanzar claridades conceptuales y metodológicas sobre la historia comparada, es ya posible remitirnos nuevamente a la idea que John Elliott expresó en su conferencia inaugural de 1991 en la Universidad de Oxford, la tendencia al interior de la historia nacional a considerar sus hechos limitados por fronteras políticas, como únicos, particulares y por tanto excepcionales, sólo puede ser confirmada, revisada o rebatida en sus conclusiones en la medida que es posible contrastar con otras sociedades o unidades nacionales; es decir, es necesaria la comparación para sustentar de manera más objetiva una particularidad o excepcionalidad en la historia de una nación o una sociedad. De este modo, sin renunciar a los estudios de historia nacional, regional o local que se validan a partir de sí mismos, en ocasiones partiendo de ellos, la comparación debe ser valorada como un medio para validar de manera más global inferencias, explicaciones sobre hechos o teorías, sin caer en generalizaciones descontextualizadas ni en pretensiones de establecer leyes aplicables de manera mecánica a todos los escenarios sin evaluación previa. Es un mecanismo de contraste que ayuda a entender la singularidad de un proceso histórico y busca explicarlo en la búsqueda de sus causas. Tal como afirma Steinmetz en la exposición que hace en su trabajo, basado en la postura del “realismo crítico”, el método comparativo es estimado “como un medio de acceso a la plausibilidad de inferencias y teorías”, como “The only way to gain confidence in the plausibility of theorized causal structures is therefore through *comparison* –specifically, through comparative case studies or counterfactual reasoning based on evidence” (2014: 424). Es decir la comparación es el método, a falta de la experimentación en las ciencias sociales, para verificar la validez de causas, mecanismos causales, explicaciones o teorías en ciertos contextos en distintos casos, con base en la evidencia.

De este modo, es claro que la comparación sirve para superar una historia parroquial o la cómoda insularidad que acompaña a una disciplina encerrada en los resultados restringidos de historias nacionales o en una concepción de lo regional y local ensimismada; es decir, una historia que de manera sistemática utilice la comparación nos exige la reconsideración de los supuestos que acompañan “nuestra propia experiencia histórica” (Elliott, 1999: 31), con lo

que enriquece, llena de matices y posibilidades explicativas a la misma historia nacional. Su utilidad no sólo estaría signada por la posibilidad de explorar nuevos temas, sino en poder revisar la propia historia ya elaborada, en plantear nuevas perspectivas y problemas sobre temas considerados agotados o suficientemente trabajados, y cuestionar o validar consensos.

Para terminar, este aporte se adscribe a las palabras que aún cobran su pleno sentido, después de hace casi cien años de haber sido expresadas por Marc Bloch: “El método comparativo ofrece muchas posibilidades y considero que su generalización y su perfeccionamiento constituye una de las necesidades más apremiantes que en la actualidad se imponen a los estudios históricos” (Bloch, 1999a: 113).

Lista de referencias

- BLOCH, M. (1999a). “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”. En Marc Bloch . *Historia e historiadores*. Madrid: Ediciones Akal. pp. 113-147.
- (1999b). “Proyecto de docencia de Historia Comparada de las sociedades europeas”. En Marc Bloch . *Historia e historiadores*. Madrid: Ediciones Akal. pp. 148-154.
- BURKE, P. (1996). “Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro”. En Peter Burke. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza Editorial. pp. 11-37
- CASTRO ALFÍN, D. (1993). “Comprender comparando. Jalones de una búsqueda en historia y ciencias sociales”. *Studia histórica-Historia contemporánea* Vol X-XI. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 77-90
- COELHO PRADO, M. L. (2012). “América Latina. Historia comparada, historias conectadas, historia transnacional”. *AnuarioDigital Escuela de Historia*, No 24. Rosario-Argentina: Universidad Nacional del Rosario, Facultas de Humanidades y Arte. pp. 9-22. On line: <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/Anuario/issue/view/27>
- ELLIOTT, J. H. (1999). “Historia nacional y comparada”. *Historia y Sociedad* No 6. Medellín: Universidad Nacional de Colombia sede Medellín. Diciembre de 1999. pp. 12-36.
- GRUZINSKI, S. (2001). “Les mondes mêlés de la Monarchie Catholique et autres “Connected Histories”. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. 56e année, N. 1. París. pp. 85-117
- HAUPT, H. (2007). “Comparative history-a contested method”. *Historisk Tidskrift*, 127:4. Estocolmo. pp. 697-714. On line: <http://www.historisktidskrift.se/fulltext/2007-4>

- KOCKA, J. (2002). "La comparación histórica". En Jürgen Kocka (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid: Editorial Marcial Pons. pp. 43-64
- KRAUSS, H. R. (2008). "Despedida de la Torre de Marfil". *Historia comparada. Una introducción*. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, t. 21. Madrid: Facultad de Geografía e Historia-Universidad Nacional de Educación a Distancia. pp 159-183.
- LORENZ, C. (2005). "Historiografía comparada: problemas y perspectivas". *Memoria y Sociedad*. Vol. 9 No 19. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana. Julio a diciembre de 2005. pp. 35-45
- MEDINA, M. (2004). "La Historia Comparada: Retos y posibilidades para la historiografía colombiana". En Cesar Augusto Ayala Diago. *La Historia Política Hoy. Sus métodos y las Ciencias Sociales*. Bogotá: Universidad Nacional. pp. 15-32
- OLÁBARRI GORTÁZAR, I. (1993). "Qué historia comparada". *Studia Historica-Historia Contemporánea* Vol X-XI. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 33-75
- SKOCPOI, T. y SOMERS, M. (1980). "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry". *Comparative Studies in Society and History*. Vol 22, No 2. Cambridge: Cambridge University Press. Abril de 1980. pp. 174-197.
- STEINMETZ, G. (2014). "Comparative History and Its Critics. A Genealogy and a Possible Solution". En Presenjit Duara, Viren Murthy, and Andrew Sartori. *A Companion to Global Historical Thought*. Malaysia: Editorial Office.
- TILLY, C. (1991). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.

Nota del autor:

Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Maestría en Enseñanza de la Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia- México. Fue coordinador del área de publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, en Caracas-Venezuela. Entre sus publicaciones destacan *Primera constitución boliviana 1826* (2008), “Participación de los pardos en Cartagena de Indias y Caracas durante el proceso de Independencia (1810-1812)” (2010), “Apuntes para la biografía de un intelectual. Estanislao Zuleta Velázquez 1935-1990” (2014); en coautoría *La lucha por la igualdad. Los pardos en la independencia de Venezuela* (2010) y “La importancia del lenguaje en la enseñanza de la historia. El caso de “La Independencia” en un libro de texto de primaria” (2015). Actualmente adelanta su investigación sobre las relaciones de la enseñanza de la historia, la historiografía y la memoria a partir de la comparación de dos debates alrededor de libros de texto ocurridos en Colombia y México en la década de los ochenta y noventa respectivamente; tema precedido de la indagación e investigación sobre el método de la historia comparada, de las que es un producto este artículo.